

UNA INTERPRETACION JUSFILOSOFICA DE "DAS RHEINGOLD", DE

R. WAGNER

Luis Antonio Rateni (*)

Wilhelm Richard Wagner (1813-1883) es el músico del siglo XIX que más controversias sigue provocando. Si bien la influencia que ejerció en la historia de la música no fue tan arrolladora como se creyó a finales del pasado siglo, no cabe duda de que nos encontramos frente al más original compositor de ópera de todos los tiempos. Nadie puede negar la importante posición que ocupó en la segunda mitad del siglo XIX, ni los problemas que virtualmente planteó a cada compositor operístico posterior a él. Precisamente debido a su esplendor como compositor de escena es que somos más conscientes de la música de Wagner que de sus obras especulativas y teóricas, pero debemos considerarlo uno de los filósofos decimonónicos más importantes, sobre todo en lo concerniente a Estética. Su producción en este campo supera los cuarenta títulos. Fue, además, uno de los pocos pensadores de la historia que no sólo tuvo una mente sagaz y habilidad literaria, sino también la determinación y el talento musical que le permitieron demostrar su filosofía en la práctica compositiva.

Difícilmente podríamos efectuar una división tajante entre el Wagner compositor y el filósofo. Su obra, más que la de cualquier otro romántico, está imbuida de un profundo sentimiento nacionalista, notorio a través de toda su producción operística. Wagner tuvo siempre presente la necesidad de preservar y defender la cultura y el arte germánico de la amenaza de intromisiones extrañas, tanto del interior como del exterior. Es por eso que bregó por una ópera alemana que ocupara una posición artística y un nivel igual al de la más grande música sinfónica, y donde el teatro se convirtiera en un lugar edificante y ennobecedor (idea que Schiller persiguió desde mediados de la década de 1780).

"DER RING DES NIBELUNGEN" (El anillo del Nibelungo, 1876) es el paradigma del drama musical wagneriano. En las cuatro óperas que componen este ciclo, "DAS RHEIN GOLD", "DIE WALKURE", "SIEGFRIED" y "GOTTERDAMMERUNG", Wagner alcanza con total plenitud el concepto de "Gesamtkwerk" (obra de arte total) que fuera el ideal que inspiró toda su larga carrera. Este proyecto, junto con el Festspielhaus, en Bayreuth, auténtico santuario del arte wagneriano, fue logrado gracias al apoyo de Luis II de Baviera. Cuando el rey financió el teatro, tenía sólo dieciocho años de edad, y tal vez ya estaba loco; lo cierto es que la música de Wagner lo obsesionaba en forma neurótica.

Wagner trabajó en el libreto y la música de su tetralogía cerca de veinticinco años. El argumento base es la combinación de las "EDDAS", de Snorri Sturlson, códigos escandinavos de poesía épica del siglo XIII, con "EL CANTAR DE LOS NIBELUNGOS", saga alemana de esa misma época, pero de ámbito cortesano y romántico. Estas leyendas me-

dievales cautivaron la imaginación del Maestro de Leipzig desde su infancia. No existe quizá otro caso en que la energía creativa se haya concentrado durante tanto tiempo en forma sostenida y en una sola obsesión.

Friedrich Nietzsche (1844-1900), antes entusiasta aldo de Wagner, se convertiría en su crítico más enconado. Al principio, el filósofo aprobó con entusiasmo el renacimiento del teatro dionisiaco propuesto por Wagner, pues consideraba que la mística comunión del mito y el pueblo era estimulante e, incidentalmente, le daba oportunidad de ver sus teorías llevadas a la práctica. Pero en el Anillo, Nietzsche creyó ver en Wagner al prototipo de la decadencia romántica, un megalomaniaco oculto tras la máscara del magnánimo profeta cristiano. No encontraba ningún bien en la negación que Wotan, deidad protagónica de la tetralogía, hace de sí mismo. Ello no implica vigor, sino dualidad, decadencia.

Por cierto, pese a lo dilatado de su gestación, no podríamos decir que la tetralogía sea ambigua. Si bien tolera glosas y realizaciones contradictorias, el ciclo posee una férrea organización que lo convierte en el proyecto más ambicioso en la historia del arte occidental.

De las cuatro óperas que componen el ciclo, es en su víspera "El oro del Rin", donde Wagner expone su filosofía jurídica, y nos alerta sobre el peligro que acarrea imponer un ordenamiento normativo que no esté apoyado en el derecho natural. Este ordenamiento es impuesto por Wotan, señor del Valhalla, a través de las leyes grabadas en su lanza. Esta legislación deberá aglutinar a tres mundos contrapuestos: el Nibelheim, la faz de la Tierra

(patria de los últimos gigantes) y el Valhalla.

La idea de Justicia se identifica con Erda, la Tierra, la Naturaleza eterna e inmutable. Al existir, es. Al ser, piensa. Esta diosa es madre de las Normas o Parcas, deida des pantónomas que tejen el Hilo del Destino alrededor del Fresno del Mundo, enlazando así los acontecimientos del presente, el pasado y el futuro. La sabiduría de Erda, suerte de Ley Divina, fuente de orden y justicia, no se revela en forma directa. Sólo se llega a ella escuchando atentamente las "voces de la naturaleza". La diosa nada tiene que decir o revelar;

 Mi dormir es soñar.

 Mi soñar es pensar.

 Mi pensar es la sabiduría.

Los privilegiados dioses moran las alturas, atesorando bienes y virtudes. Wotan, el primero de ellos, posee valor, arrogancia y voluntad. Fricka, su esposa, ejerce el matriarcado hogareño. Freia otorga la eterna juventud a sus hermanos. Donner blande el martillo que produce el rayo y el trueno. Froh modela las formas de la belleza original que llamamos arte. Carecen, sin embargo, de la inteligencia o el poder necesarios para gobernar sobre los otros estratos del mundo. El poder se obtiene mediante un renunciamiento; la voluntad individual se sacrifica en pos del bien común.

Wotan bebe en la Fuente de la Sabiduría, que alimenta el Fresno del Mundo. Arranca luego una rama del árbol, con la que tallará la lanza en la que grabará sus inexorables runas. El Fresno se seca. La Naturaleza ha sido cercenada. A cambio de su osadía, deberá entregar uno de sus ojos. El renunciamiento, pues, está simbolizado

en la pérdida de la armoniosa integridad física de la deidad, a cambio de la externa identificación con el poder. A través de su cuenca vacía, obtendrá la visión interior del estadista.

La acción de Wotan rompe la inmutabilidad del sueño de Erda. Se produce una disociación entre las rúnicas leyes de la lanza y la realidad. Las runas son la constitución pactada que la deidad impone desde su posición de conquistador, y que es aceptada como orden de derecho. Pero este orden no es sólido. Acusa debilidades de base. Sus repartos se apoyan en una legislación positiva contraria al derecho natural.

Alberich, señor de los Nibelungos, es la contrafigura de Wotan. También él atenta contra el orden natural, robando el Oro del Rin. El precio a pagar será altísimo: la total renuncia al amor. Con el oro forjará el anillo que da el nombre al ciclo. Esta siniestra joya resume en su cerrada circunferencia sin principio ni fin, la esterilidad de la naturaleza castrada. El nibelungo edificará un régimen dictatorial, basado en el poder del anillo. El terror será el único sustento de ese totalitarismo, carente del renunciado amor.

El régimen de Alberich es una eficiente dictadura, y, como tal, deberá apoyarse en un efectivo aparato de propaganda, capaz de ocultar el estado real de las cosas. Este aparato propagandístico está simbolizado en el Tarnhelm, yelmo mágico forjado por Mime, desdichado hermano del nibelungo. Apoyado en el terror y en la negación de la real identidad de las cosas, Alberich obligará a los nibelungos a tributarle un fabuloso tesoro. Este brutal sistema de producción generará una plusvalía en favor del tirán

nico Elfo, capaz de derrocar a Wotan de su dorado Valhalla. Es la cruel explotación de un pueblo, devenido en proletariado, con el sólo fin de sustentar por la fuerza un estado totalitario.

El anillo no es la exacta contrapartida de la lanza. El defecto de esta última fue la negación del orden natural, de la realidad social, pero no por ello dejaba de ser un sistema de leyes positivamente impuesto. Podríamos compararlo con una forma de sufragio dirigido. El anillo, en cambio, es una perfecta dictadura. Alberich ni otorga constitución ni somete su imperio al control de la ley.

Gracias a las argucias de Loge, genio del fuego, una de las ultrajadas fuerzas de la naturaleza, Wotan logra arrebatarse el anillo a Alberich. El nibelungo se desprende de él con las siguientes palabras;

Puesto que me exigió una maldición,
¡maldito sea este anillo!
Enferme la inquietud a quien lo guarde;
corroa la envidia
a quien no lo tenga.
¡Ate el miedo al cobarde
a la amenaza de muerte!
Así, mientras viva, irá muriendo:
porque el anillo del señor
es ahora el anillo del esclavo.

La maldición de Alberich no es un elemento mágico e irracional. El nibelungo se limita a proclamar la potencialidad destructiva de su régimen de terror. Quien posea la sortija, vivirá la dura soledad del tirano. Quien la anhele, tendrá que matar para conseguirla.

En este punto se produce un quiebre en la ley de Wotan el dios se torna incapaz de atribuir a cada quien lo suyo. Según sus propios designios, y a su pesar, deberá restituir el anillo al Rin, y a la par utilizarlo para pagar a los gigantes por la construcción del Valhalla. La tentación del poder es tan grande que Erda, surgida de las entrañas mismas de la Tierra, romperá su mutismo para murmurar su consejo al Señor de los Cuervos:

¡Cede, Wotan, cede!

¡Escapa a la maldición del anillo!

Al consejo de la diosa se suma el lamento de las Ondinas en pos de la devolución del oro. Las voces de la Naturaleza claman por la restitución del orden quebrado. Wotan, enceguecido por su afán de identificación en el poder, responderá con soberbia antes de entrar al Valhalla:

¡Querfais el Oro del Rin

para gozar con su contemplación!

¡Contentaros ahora, pues,

con contemplar la gloria de los Dioses en
el Valhalla!

Ya no existe diferencia alguna entre el anillo y la lanza. El orden burgués del dios ha dado un paso hacia el totalitarismo.

Muchos comentaristas, ateniéndose a lo estrictamente musical, creen ver en la Tetralogía tan sólo la descripción de un universo mitológico divorciado de la realidad, que necesita de un enorme número de "leitmotive" para mantener su continuidad. Por todo lo antes expuesto, esta observación resulta casi pueril. Wagner fue un hombre

político. Su ciclópea Tetralogía, al menos en su faz literaria, fue esbozada desde las barricadas de Dresde. El conocio perfectamente las contradicciones en que incurrió el orden de Bismarck para lograr la unificación de los contrapuestos estados germánicos.

Por desgracia, el verdadero mensaje que nos legara Wagner a través de su obra fue ignorado. El más que nadie deseaba la completa y compleja unificación de Alemania, pero conocía los costos que debían pagarse por incurrir en una tiranía. ¿Podríamos hallar una mayor analogía entre el paso de Wotan hacia el totalitarismo y la capitulación de Hindenburg en favor de Adolf Hitler?. Por cierto, Nos hallamos frente a un notable caso de predicción política. El anciano Mariscal no previó que su acción empujaría a Alemania hacia su "Götterdämmerung".

(*) Ayudante de la Cátedra III de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. **Maestro Nacional de Música.**

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA:

- BORGES, Jorge L., "Antiguas Literaturas Germánicas", Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- DUFOURCQ, Norbert, "La musique, des origenes à nos jours" Larousse, Paris, 1946.
- GOLDSCHMIDT, Werner, "Introducción filosófica al Derecho" 4a. ed., Bs. As., Depalma, 1973.
- JACOBS, Robert L., "Wagner", trad. L. Echavarri, Bs. As., Anaconda, 1951.
- LONGYEAR, Rey M., "La musica del siglo XIX", trad. Carlos Coldaroli, Bs. As., Víctor Lerú, 1971.

- MAYO, Angel Fernando, "Richard Wagner", en "Enciclopedia Salvat de los Grandes Compositores", tomo III, Pamplona, 1988.
- MENUHIN, Y. - DAVIS, C.W., "La musica del hombre", trad. C. González Ruiz, México, Fondo Educativo Interamericano, 1981.
- MORDDEN, Ethan, "El espléndido arte de la Opera", trad. Lilian Schmidt, Bs. As., JAVier Vergara Editor, 1985.
- NIETZSCHE, Friedrich, "Ecce Homo", en "Obras Completas", tomo XI, Barcelona, Aguilar, 1956.
- ROWELL, Lewis, "Introducción a la Filosofía de la Música" trad. Miguel Wald, Barcelona, Gedisa, 1987.
- WAGNER, W. Richard, "L'oro del Reno", Milano, G. Ricordi & C. Editori, 1979.